

Antolina Rodríguez Padrón, una maestra rural pinareña que aún late en el corazón de sus alumnos

Antolina Rodríguez Padrón, a rural teacher from Pinar del Río who still beats in the hearts of her students

Dra. C. Débora Mainegra Fernández

Filial Provincial de la Asociación de Pedagogos de Cuba en Pinar del Río.

Alguien me pidió que escribiera unas líneas para honrar a los maestros por su día, y como no me gustan los homenajes colectivos porque me parecen demasiado impersonales y abstractos para mover fibras profundas, decidí recordar a mi maestra de los primeros grados en una escuela rural situada en el corazón de la provincia de Pinar del Río, que como todo buen corazón estaba oculta en enmarañados parajes.

La maestra Consuelo (y sí que lo era para aquellos niños, muchos de ellos descalzos, que llegaban obligados por sus padres a unos bancos rústicos de madera, en una casita de tejas, con mucho miedo de lo que les podría ocurrir) representaba el primer encuentro con un libro, con un lápiz e incluso con una hoja de papel para muchos de sus alumnos, crecidos a la vera de un surco de tabaco o pastoreando vacas en los potreros. Pero tejía un sueño para cada uno de nosotros. Fue ella quien decidió que mi hermana sería médico, que yo sería maestra, que Alberto sería economista... y tantos otros.

Con ella aprendí a no avergonzarme de llorar, ni cohibirme de reír; a decir lo que pienso en voz alta, cuidando de no herir a nadie, pero también de no mentir ni adular a nadie.

Siempre recordaré el día en que mataron a Salvador Allende. Cuando llegamos al aula estaba llorando y no se secó las lágrimas ni ocultó su rostro como suelen hacer los adultos cuando aparece un niño en tales circunstancias. Todos la rodeamos y le preguntamos:

_ ¿Qué le pasa maestra?

_ Han matado a un hombre bueno-respondió. Y sin que mediaran más interrogantes nos explicó con lujo de detalle la situación en Chile, buscó un mapa y nos mostró el país, nos habló de la historia de esa región, de los Andes de cumbres nevadas, de los mineros dedicados a la extracción de cobre, de lo que significaba Allende y la Unidad Popular para su pueblo, de su amistad con Fidel... Ninguna clase de Historia de las tantas que he recibido a lo largo de mi vida se grabó en mi interior como aquella.

Cada 28 de octubre era una ocasión solemne para rendirle tributo a Camilo. Íbamos al desagüe de una presa que desembocaba en el Cuyaguaje, nos quedaba un poco lejos, pero había que garantizar que nuestras flores llegaran al mar, y este era el río más caudaloso de nuestra provincia, lo cual nos había explicado con un mapa mostrándonos el estero en que se unía el agua dulce con la salada del Caribe.

Llegado el momento cada uno coleccionaba las flores más lindas de su jardín o el de sus vecinos, que las ofrecían gustosos para la ocasión, prácticamente toda la familia participaba en la confección del ramo que su hijo llevaría a Camilo, algunos padres hasta nos acompañaban. En perfecta formación, encabezada por dos niños que portaban la bandera, marchábamos hasta el río.

En una de esas ocasiones casi perdemos a un compañero, que de regreso a su casa al pasar por un puente descubrió de pronto, atrapadas en una empalizada, las flores que le enviábamos al Héroe de Yaguajay. Se quedó espantado: todo nuestro esfuerzo se había perdido y sin pensarlo dos veces se lanzó al agua a desenredarlas, a duras penas pudieron sacarlo porque ni siquiera sabía nadar. Cuando la maestra lo supo lo paró delante de toda la formación y le hizo un bonito homenaje por su valor, aunque explicó que el mérito de llevar flores a Camilo estaba en lo que significaba para nosotros este mártir, que si una sola de ellas llegaba al mar, ya esa era la de todos, porque en los ríos del país se habían echado muchísimas y eso era lo más importante.

Antolina Rodríguez Padrón, por todos conocida como Consuelo, nació el 2 de septiembre de 1922 en el Kilómetro 5 de la carretera a Luis Lazo en Pinar del Río, en el seno de una familia obrera. Sus padres, quienes habían perdido recientemente una hija, la apodaron Consuelo porque la niña se convirtió por su vivacidad y alegría, en el resarcimiento necesario para el alma de sus familiares.

Estudió magisterio en la Escuela Normal de la capital provincial, de donde egresó en 1944 para ejercer la profesión siempre en centros rurales entre los que pueden contarse la escuela primaria de Gramales, la de Las Tumbas y la de Isabel María, todas en el actual municipio de Minas de Matahambre.

Sus compañeros de trabajo la recuerdan como una persona muy humana, de un humor muy fino, que encontraba siempre salida a las situaciones más difíciles.

Junto a Eduardo Negrín, ya hoy también desaparecido, formó un hogar estable y feliz, fruto del cual fueron sus hijos Juan Eduardo y Luz Adela, ingeniero él y profesora ella, para quienes su madre fue un ejemplo.

Sus alumnos de muchas generaciones atesoramos infinidad de recuerdos de esta mujer que supo sembrar su optimismo en todas las épocas, para que, debidamente fertilizada con la enseñanza, germinara la semilla del futuro.

Murió el 3 de marzo de 1992, a los 70 años de edad, víctima de una penosa enfermedad.